

Las infirmitas mentis de Descartes

Guillermo Malavassi*

Por haber nacido en 1596, el presente año se cumplen los cuatrocientos del natalicio del famoso René Descartes.

Es posible que no haya habido persona joven que, al leer sus obras más divulgadas, no se haya entusiasmado con la lectura del *Discours de la méthode* o con la de *Méditations métaphysiques*; quizá hasta con la primera parte de *Regulae ad directionem ingenii*. Así le ocurrió al famoso N. Malebranche, quien al leer en una venta de libros una de las obras cartesianas, sintió que lo Invadía como un vértigo, sudaba, se le dificultó respirar y, a partir de aquel momento, se hizo cartesiano.

Uno podrá pensar que tal vez ese entusiasmo juvenil sea una mala señal. La filosofía es amor por la sabiduría, es un deseo de saber, que la historia muestra como una actitud y una tarea de decantamiento, que da curso al deseo de hallar el origen de las cosas, el sentido de la vida y los otros aspectos que conforman el contenido de la filosofía, analizada ella con visión histórica profunda y consultando los anhelos de saber del propio espíritu.

Descartes arrancaron lo que bien se ha denominado la *pars destruens*. No hay duda de que hay cosas y modos de pensar y estructuras y sistemas políticos...que merecen el olvido, que son dignos de la destrucción. Nuestro siglo ha tenido la desdicha de ver la subida de los totalitarismos comunista, fascista y nazi; pero sobre todo ha tenido la gran fortuna de ver su estruendosa caída, dos por la fuerza y el comunista por el peso de sus propios errores. Pero el afán de levantarse contra todo el saber, contra todas las convicciones, contra todas las tradiciones...porque nada merece la aprobación ni el asentimiento y casi ni el respeto, lo que comporta, en su entraña, es una rebeldía, una actitud iconoclasta, que quizá haga gracia vería en otro o disfrutarla con regocijo por parecer divertido tirar al suelo los logros ajenos, pero lleva implícita, tal actitud, su propia muerte. Ello no representa ninguna sabiduría.

Los errores de principio de Descartes

Lo advirtió Aristóteles y lo volvió a decir Tomás de Aquino: un pequeño error al principio suele convertirse en un gran error al final.

El ataque a los sentidos

Comenzamos a conocer a partir de los sentidos. Los sentidos se determinan por el modo de ser propio de las cosas sensibles. Lo que de modo directo se ofrece a nuestro conocimiento es el ser concreto, lo que subsiste, el ente corpóreo. Eso conocemos los seres humanos —ayer, hoy y mañana— y por medio del ente conocido podemos saber que otros entes existen.

Quien conoce no es el sentido —manera absurda de hablar— sino la persona mediante los sentidos. El dato que cada sentido da es correcto, es fuente segura de saber, a condición de que se reflexione un poco sobre

* Catedrático por treinta y nueve años de Historia del Pensamiento, ex Ministro de Educación de Costa Rica (1966-1989), ex Diputado (1982-1986), cofundador de la Universidad Autónoma de Centro América (1976-1978), Rector de ella desde su fundación en 1976; autor de varios libros y muchos artículos; comentarista radial del programa PANORAMA desde 1982. Comendador de la Orden Civil "Alfonso El Sabio"; Grand'Ufficiale Dell' Ordine al Manto de la República italiana; Oficial en la Orden de las Palmas Académicas de la République Française; "Galardón Democracia y Libertad de la Cámara de Comercio de Costa Rica (1990); Académico Honorario de la Academia Costarricense de Ciencias Genealógicas; Doctor Honoris Causa de la Universidad Autónoma de Centro América con la mención de Magnvs Docendi Libertatis Defensor.

ello y, además, se aprenda lo que los sabios han podido descubrir sobre ello.

Para quien se interese de verdad por la filosofía, no le es lícito pasar por encima de los filósofos importantes que en el mundo han sido, para salir con "filosofías" Improvisadas que alo mejor salen sobrando. El viejo y sabio Aristóteles enfrentó todo el peso del pensamiento de sus antecesores. lo que lo obligó a Intensa reflexión para haber el saber que anhelaba. En lo que atañe al punto que nos ocupa, sus teorías sobre el acto y la potencia y sus estudios sobre los seres vivientes y su conocimiento de los principios y las causas últimas, gravitan sobre su pensar sobre el conocimiento sensitivo. En su obra conocida como *Sobre el alma*, que bien puede llamarse *Sobre la vida* o *Sobre los vivientes* después de elaborar mucho respecto del conocimiento, llega a sustentar con lúcido análisis lo siguiente:

"Yo entiendo por sensible propio aquello que no puede ser percibido por otro sentido y respecto del cual es imposible engañarse; por el ejemplo, la vista es el sentido del color; el oído, del sonido; y el gusto, del sabor. El tacto tiene por objeto diversas diferencias. Pero cada sentido, por lo menos, juzga, sus propios objetos. y no se equivoca sobre el hecho mismo del color o del sonido, sino solo sobre la naturaleza y el lugar del objeto coloreado, o sobre la naturaleza y lugar del objeto sonoro. Tales son los objetos llamados propios de cada sentido."

Eso lo expresa en 418a1 1-la (Capítulos del Libro Segundo). Luego, en 427b1 1-13 (Capítulo 3 del Libro Tercero) manifiesta:

"...es evidente que no existe identidad entre la sensación y el pensar: la primera es común a todos los animales; el segundo solo a un pequeño número. Pero el pensamiento (que comprende el pensamiento correcto y el erróneo, el primero como inteligencia, ciencia y opinión verdadera, y el otro como sus opuestos) no se identifica tampoco con la sensación; pues la sensación de los objetos sensibles propios es siempre verdadera y ella pertenece. a todos los animales, mientras que el pensamiento puede muy bien ser falso y no seda a ningún ser que no posea también la razón".

Descartes, en cambio, estima que debido a que nuestros sentidos nos engañan algunas veces, él ha querido suponer que no hay ninguna cosa que sea tal como ellos nos la hacen imaginar

(Ainsi, á cause que nos sens nous trompent quelquefois, je voulus supposer qu'il n'y avait aucune chose qui fut telle qu'ils nous la tont imaginer. IV. 31, 30 y ss).

El cartesianismo priva al intelecto del conocimiento de lo singular. El ser real queda reducido a un mero contenido mental. Se comienza a filosofar cerrando los ojos, con el peligro de no poderlos abrir nunca más de un modo inteligente.

Los sentidos, además de ser nuestro punto de relación más antiguo con la realidad conocida, tienen una formidable función vital, al punto que si hubiésemos nacido carentes de ellos, posiblemente no hubiésemos podido vivir. Por ello, cuando Descartes escribe estas cosas a sus cuarenta y un años, pudo haber pensado que si los sentidos lo hubiesen engañado, ya haría mucho tiempo que hubiese estado muerto. El estar vivo cuando decidió ponerse a filosofar, debió comenzar con una expresión de gratitud por haber tenido sentidos que le permitieron llevar su vida hasta esa edad.

La duda cartesiana o el escepticismo cultivado

Descartes, cuando comienza a escribir su obra filosófica, está afectado profundamente por el escepticismo. Aunque lo diga de manera amable, lo que hace es burlarse de los filósofos, de la verdad revelada, de la historia, de la moral, de las tradiciones. Nada le merece consideración. No hay —según él— verdad en ninguna parte. De ese modo, sin tener un criterio de verdad, quiere ir al encuentro de la verdad. Discurre así:

"mais, pource qu'alors je désirais vaquer seuiement á la recherche de la vérité, je pensal qu'il fallait que le fuisse iout le cotraire, et que je rejetasse, comme absolument faux, tout ce en quol je pourrais imaginer le moindre doute, afin de voir s'il ne resterait point, après cela, quelque chose en ma créance, qui fút entièrement Indubitable." IV, 31,24 y ss).

Descartes ha descubierto que el pensamiento puede ser conducido por la voluntad. De ese modo ha decidido someter el pensamiento, la experiencia, el sentido común...a su voluntad de dudar.

Aunque Descartes sostenga que su propósito era solo asegurarse. y apartar la tierra movediza y la arena, para dar con la roca viva o la arcilla, su actitud es buscar certeza —no verdad— con lo que surge un punto de contacto con los escépticos de vieja estirpe. Por ello el *voto dubitare de omnibus* constituye **usar la libertad para poner el acto mismo de dudar**. Ello significa usar la libertad desinformada como fuerza desvinculante de toda relación con la verdad y adherirse a una certeza. El tiempo irá a mostrar que eso que hizo Descartes constituye la esencia misma del inmanentismo. Así se produce —y se escoge— el vacío de toda verdad conocida.

Lo actuado por Descartes viene a ser más demoledor —en el sentido más alejado de la sabiduría— que cualquier escepticismo anterior.

En esas sus extrañas lucubraciones, Descartes rechaza la probabilidad o la verosimilitud, considerándolas fuentes de errores y falsos prejuicios.

Al comienzo de sus reflexiones, Descartes escribió que dejaba a salvo de la duda las verdades de la fe,

siempre las primeras en su formación. Mas pronto viene a declarar que las verdades en que lo crearon están igualmente sometidas a la duda, por lo que quedan rechazadas como falsas. Luego intentará ver si algo queda en pie—lo que no es posible con semejante “método” de pensar.

Parapetándose, entonces, en su voluntad de dudar de todo aquello en lo que pueda *imaginarla* menor duda —lo que constituye una operación demoleadora sin rescate posible— no queda nada en pie.

La duda cartesiana referida a los sentidos, declara Descartes que es completamente seria —*omnino serium est*. Esto significa la muerte del conocer y clausurar, completamente en serio, la vía del saber.

La duda, entonces, no es en Descartes una hipótesis de trabajo —pues ni siquiera las mismas razones para dudar son admitidas como verdaderas— pues Descartes no sabe qué es verdad ni tiene criterio para reconocerla. La única gula que le quedó para seguir escribiendo sobre lo relativo a encontrar la verdad, es la arbitrariedad de la imaginación, la que obedece al simple imperio de la voluntad, voluntad que ha optado por dudar, y duda de todo, sin excepción, con solo el fácil expediente de imaginar una duda.

Cuando adelanta más por su “camino”, Descartes —como un resultado más de su absurda manera de hallar la verdad— deja al ser humano partido en dos, en el neodualismo de la *res cogitans* y de la *res extensa*, infeliz punto de partida de la pérdida, por así decir, de la persona en los vericuetos del individualismo de la filosofía moderna, en que cada pensador creyó que con él comenzaba la sabiduría, que antes de él no existía.

Infirmas mentis

La duda cartesiana no es el resultado de una investigación ni es una persuasión ni una finalidad, sino un modo caprichoso y arbitrario de pretender hallar la verdad por donde jamás puede hallarse. Algunos han querido hallar una semejanza entre el *si fallor, enim sum*, de San Agustín y el *cogito ergo sum* cartesiano. Pero no hay nada en común. Porque San Agustín no admite las dudas de los escépticos y los acorralla dialécticamente, con su habitual agudeza, obligándolos a admitir que, pese a ellos mismos, en el acto de dudar adquieren una certeza. Descartes, al contrario, quiere la duda, quiere dudar *semel in vita*, con el fin de poder poner el principio deseado.

Así venimos a contemplar algo que la *philosophia perennis* debió haber enseñado a Descartes, pero que la vanidad de los modernos les dificulta encontrar y aceptar: que hay una *infirmas mentis* —enfermedad mental diagnosticada por el sabio Aristóteles en algunos pensadores antiguos— analizada y refutada en la obra que luego se llamaría *Metafísica*, debilidad o enfermedad del entendimiento que consiste en que hay gente que anda con dudas necias sobre cómo discernir entre la vigilia y el sueño, entre el cuerdo y el orate, entre el sabio y el ignorante...quieren discernir la cuestión, pero se les ocurre que debe ser por demostración *sensu strlcto*, dejando de advertir —precisamente por su *infirmas*— que el principio demostrativo no puede ser una demostración. Santo Tomás llega a juzgar, comentando a Aristóteles, que *sed istae dubitationes stultae sunt*.

Lo más grave del cartesianismo no son solo esos errores de principio, sino que fascinó a muchos seguidores y dejó una huella fortísima en la filosofía moderna, que ha lastrado todo el pensamiento posterior.

Qué importante resulta volver a la *philosophia perennis*, a conocer con aprecio y a aportar, si fuese posible, algo al acervo común de la filosofía, sin la pretensión de entrar negando con la seguridad de salir sobrando.

Julio de 1996